

18 <> 65

La bélla y el viéjo

Estába paseándo con un grúpo de amígos, hablándo del téma de siémpre, péro últimamente convertído en único: las mujéres. Salió en la conversación un conocído de tódos, de entráda edád y bién acomodádo, que tenía relaciones con úna jovencíta. Él estába muy enamorádo de élla, y cláro élla también. Nos contó, que la jóven al conocérle quedó prendáda de él.

La reflexión hécha por tódos nosótro fue: no hay mayór ceguéra que creér que úna jóven, guápa, cúlta y simpática, se puéda sentir atraída de un hómbré mayór, lo suficiénte pára ser su abuelo, símplemente por su categoría, elegáncia y cláse... éso suponiéndo que la ténga; y no por su dinero.

Mas, tódo es posíble en la víña del Señor.

Quéda cláro pára mí y el résto de los amígos, (de manéra un póco injústa, ya que póco conocémós a

la chica) el motivo del interés de la joven. Pero en el caso de la persona mayor, o sea nuestro amigo, además de sus posibles virtudes, debería comprender y aceptar la realidad de ese trato: juventud por dinero. Si así queda entendido por las dos partes, es un truco muy correcto, aunque, será difícil lograr que funcione. Pero, puede ser una experiencia interesante... mientras dure. ¿Estamos siendo imparciales con nuestro amigo y su amiga? ¿Cuánto de machismo tiene este punto de vista?

* * *

Mientras paseaba con ellos, reflexionaba: recientemente he enviudado y nunca he podido vanagloriarme de mis «conquistas». En mi vida sólo he tenido una... mi esposa. Y ni eso, ella aseguraba, que fue su simpatía la que me ligó, y tenía razón.

¿Qué puedo decir de mí?, siempre he sido una persona del montón, comerciante de profesión, algo introvertido, y según ella, bastante guapo... cuando la luz está apagada.

Siempre he escuchado con interés las aventuras románticas que cuentan mis amigos, y a las que nunca he tenido, ni podido aportar ninguna propia.

Téngo que reconocérlo, siémpre estúve muy enamorado de mi mujer, péro, por qué no decírlo, no lógro evitar la envidia que me dan mis amigos, por su vida tan variada. De verdád, a véces piénso: me estóy perdiéndo algo interesánte, al no intentár una aventurilla, sóbre tódo ahóra, que no téngo ningún compromiso.

Reálmente, tódo ésto es estúpido y no lo necesito, péro sé, que si no lo hágo o lo intento al ménos una vez en mi vida, me arrepentiré.

Pensár que si me esfuerzo puédo conquistár a alguna jovencita por alguna virtud que téngo, y así dar por cumplido éste capricho tan infantil, demuestra mi poca madurez. El banál fin de tódo éste proceso sería poder presumir de éllo, aunque sea una sóla vez en la vida, con mis amigos y quizás con algunos familiares o conocidos. Usándo el dinero pára conseguirlo, no lo lograré, no lo téngo y tampóco por mi capacidad sexual, muy poca por la avanzada edad.

Ahóra bién: «tánto va el cántaro a la fuente que al final»... se lógra.

* * *

Pasado algún tiempo, y como siempre hago los fines de semana, me fuí a cenar con éstos amigos a un restaurante de mi pueblo.

—Hóla, os preséto a Mary, —Díje yo—, es norteamericána, espéro que no os moléste si nos acompaña a cenár.

La aceptación fué generál y muy cortés, péro, pára mí, comenzó el calvário. Me temblában las piérnas sólo de pensár en lo que ya tántas véces en días prévios había planeádo, imaginádo y temído.

¿Cómo iba a transcurrír éste primér encuéntro tan difícil? ¿Sería élla aceptáda?, ¿se mofarían de mí, como habíamos hécho con nuéstro amígo?

Conociéndoles, sabía que, habiéndoles presentádo a ésta muchácha, jóven simpática y guápa; discreta o indiscretamente le harían mil preguntás. Las típicas, y luégo las de más caládo, que mi ménda, ya las había imaginádo. ¿Cómo se las apañarían los amígos pára hacérlas, y no parecér únos cotíllas, sóbre tódo, estándo yo presénte?

Así, me preparé pára oír las siguiéntes preguntás que yo, si estuviése en situación invérsa desearía hacér.

Lo que pensába que ocurriría.

1ª ¿Cómo os conocísteis? O séa, ¿Qué púdo ver élla en mí?

2ª ¿Qué edad tendrá ésta chícia?

3ª ¿Su situación económica? Respuésta que explicaría, (perdón: justificaría o aclararía) la verdadera báse de nuéstra unión.

4ª ¿El futúro de nuéstra relación?...

* * *

El proceso o interrogatorio real, llevádo a cabo muy discretamente.

1ª ¿Cómo os conocísteis? O sea, ¿Qué pudo ver élla en mí?

Después de algunos comentarios sobre si le gustaba España, nuestra comida y de lo bien que hablaba nuestro idioma... Uno se decidió... como si no tuviése importancia, a hacerle la pregunta.

—Perdóna, —dijo él— ¿cómo os conocísteis?

Noté un esbozo de sonrisa por parte de élla, pero se contuvo. He inició su explicación.

—Siendo menor ¡(qué finura pensé yo)!, vuestro amigo Carlos vino a pasar unos días en casa de mis padres. Me enamoré de él, supongo por su amabilidad, lo bien que me trataba y el interés demostrado por mis asuntos. Además, porque me hacía reír. Me sentía tan bien con él, que podía justificár cualquier locura.

Siempre he sido valiente, —continuó élla— y un día, él estaba leyendo en el sofá y mis padres estaban ausentes. Me senté a su lado, puse mi

cabéza sóbre su pécho y díje que quería escuchár alguna de sus anécdotas. Mis pádres siémpre decían que éran muy buenas, sóbre tódo las de su época de estudiánte.

Si me gústa la história que vas a contár, —le díje a Cárlos—, puédes venir conmigo a la cáma, ¿lo has hécho alguna vez con úna mujér tan jóven?

Frénte a mí, los ójos de mis tres amígos, séis en total (me refiéro a sus ójos), giráron y giráron y paráron en la posición de tres limónes y tres cerézas, como en los tragapérras. Dos prémios recibí en ésta jugáda. ¡Qué maravilla!, dos plénos, la céna había comenzádo bién.

Ácto seguido, élla continuó su exposición. Vuéstro amígo, en plan sério contestó: «si me gustába el reláto, podría írme a dormír, si no me gustába, como peniténzia, él lavaría los plátos».

En fin, ya podéis ver, —siguió élla—, éste eleménto presénte en ésta mésa, no me hacía caso. El último día túve que decírle dirécta y explícitamente que me gustába múcho. Como si no hubiése quedádo bién cláro duránte los múchos días que estúvo con nosótro.

Y sí, sí, pára justificárse díjo que yo éra muy jóven y en realidad no sabía todavía lo que quería. Cuando fuése mayór de edád, ya me habría olvidádo de él. Y que yo, siéndo como éra, podría encontrár lo mejór.

* * *

2ª ¿Cuántos años tendrá ésta ch́ca?

Sin dárnos tiémpo a reflexionár o preguntár, élla continuó:

No podía olvidárme de él, así, al año siguiénte le llamé y pregunté, si todavía se acordába de mí, de la jovenćta norteamericána, que quería pasár a visitárle.

Díjo que sí, y aquí estóy. Celebrándo mis 18 años.

* * *

3ª ¿Su situación económica? Respuésta que explicaŕa, (perdón: justificaŕa o aclaraŕa) la verdadéra b́se de nuéstra relación.

A éstos aḿgos me díje, les apréicio múcho, se portáron con élla de marav́lla. Simpáticos y amábles, estuviéron pend́entes de cualquier

detálle que le interesáse, escuchándola y prestándole úna atención sincéra. Contestándo con encánto a tódas las pequéñas preguntás que élla les hacía sóbre lugáres a visitár o de comér y sóbre las costúmbres curiósas achácadás a los españóles.

En fin, tódo lo buéno acába. Úno de los amígos comentó que los camaréros estában esperándo que nos fuésemos, habíamos prolongádo múcho la veláda y pidió la cuénta. El camaréro contestó, que la factúra estába pagáda.

Ánte la sorprésa generál, debído a que el restauránte no éra especiálmente baráto, el que había pedído la cuénta preguntó, ¿quién lo ha hécho?

—He sído yo, aclaró Mary—. Os comenté que hoy cúmplo 18 años y quisiéra invitáros. Estóy conténta por éllo, lo he pasádo muy bién con vosótro en éste día tan importánte pára mí, pués, al fin soy mayór de edád y sóbre tódo, porque estóy con Cárlos.

Vários, -múchas gracias-, sonáron y nos encaminámos a la salída.

Allí, Pédro, úno de mis amígos, nos díjo... mirándola, si podían correspondér, invitándonos a comér un próximo fin de semana en el puérto de Barcelóna. Allí, conocián un sitio maravillóso de paéllas y marísco.

Élla me miró,

—¿Qué te parece?

—Por mí perfécto, múchas grácias.

¿Cómo me gústan mis amígos?, volví a reflexionár yo... son tan, tan trasparéntes.

* * *

4ª ¿El futúro de nuéstra relación?...

Élla prónto fué aceptáda por tódos: por su juventúd, belléza, simpatía y esplendidéz... sí, tódo ésto ayúda múcho. Y cláro, donde íba élla me incluían a mí, su paréja.

A pesár de mi preséncia, los jóvenes a quienes conocíamos, o no... y sabían de nuéstra relación, no dudában en «atacárla», comprensible y normál. Élla los atendía con cortesía, hacía brómas de sus

ofértas y luégo con múcha elegáncia me los presentába.

Como yo, al ver éstas peligrósas situaciones, no me acercába a élla pára ahuyentár a éstos moscardónes... ni a protegér «mi pertenéncia», los amígos siémpre pensában que lo nuéstro íba a durár póco. Péro élla siémpre se comportába a su altúra (la de élla). Lográba, no sólo deshacérse de éellos, síno que lo hacía con gran elegáncia. Luégo, los testígos presenciáles, pára mi satisfacció venían y me lo contában.

Un amígo me comentó, que en un moménto, cuando yo estába un póco apartádo del grúpo, úno de los jóvenes, bastánte agresívo al ver el póco éxito lográdo con sus atáques le díjo: ¿cómo es posíble que úna mujer tan jóven e interesánte ánde con un viéjo?

Élla respondió, adaptándose a su grosería: que sí, que por edád yo podía ser su pádre o su abuelo, si bién, en realidád sólo éramos amántes. Que a élla le gustában las persónas interesántes, fuésen o no jóvenes. Mozuélos como él, los había tenído a patádas... éso sí, ése «abuelo», éra mejór que tódos los jóvenes que había tenído júnτος. Que cuando estámos en la cáma le cuénto cuéntos, que

la hacen reír, llorar, o dormir. Durante todo el día estoy como una niña esperando que llegue la noche, no sólo para follar, sino para saber con qué historia me va a deleitar. Serías tú, niño —le recriminó— ¿capaz de igualar eso?

¡Cómo se lo agradecí!

Nunca entenderé, por qué ella actuó así: ¿para hacerme sentir bien?... pues lo lograba. ¿O es simplemente para justificarse que estuviese enamorada de un viejo?

* * *

Y así, me pregunto, ¿quién no se dejaría seducir por esta joven?, guapa, simpática y que además no se cree Lolita y tiene claro de quién está prendada. Pero siempre tengo algo en mi cabeza: y es que no acabo de creer que eso tan inesperado y bello, me pueda pasar a mí, cuando hay una tal diferencia de edad.

Yo seguía con mis pensamientos: y aunque veo que la belleza de la pareja es importante, al final lo interesante es la persona. Pero desearía saber: si hubiese conocido a alguien como ella, que tuviese 60 o 70 años de edad, ¿habría disfrutado lo mismo que disfruté con la joven?

Como ésta situación me preocupaba en excés, y sin saber qué es lo que Mary pensaba en realidad, le conté una historia como si fuese la de un «amigo» para que me diese su opinión. El relato se lo planteé de la siguiente manera: Un conocido me había explicado, —le dije—, que siendo muy joven salía con una mujer bastante mayor que él.

Éste amigo, —continué—, me aseguró que la experiencia había sido enriquecedora, que aprendió mucho de ella y mejoró su calidad humana. Que esa relación nunca tuvo nada de extraño y se sentía bien con ella. Todo fue positivo, mientras duró.

Mary, sonriendo con picardía y viendo por donde iban los tiros, hizo una reflexión muy inteligente.

—Créo, —suspiró—, que todos debemos tener el derecho de vivir experiencias con personas de más y menos edad. El que logre (en su madurez), tener alguna vivencia con una joven, lo contrario de haber convivido con una mujer mucho mayor en el pasado, también es positiva, «mientras dure». Hasta cierto punto, —añadió jocosamente—, después de haber tenido la sensatez de compartir vida con una mujer madura, ahora, con una joven

débe ser considerádo cómo un ácto de compensación y de justicia. Sin embárgo, estóy segura, —enfaticó—, en ámbos cásos siémpre son las mujéres las que enseñan.

¡Ay! No se equivocába.

* * *

Yo siémpre le hablába a Mary de mi púeblo, Tortósa, y de lo bién que lo páso allí, a pesár de vivír normálmente en Barcelóna.

Un día, me díjo que había conocído a úna profesóra de úna escuela de niños con bájos recúrsos económicos, con problémas familiáres y fálta de integración. La maéstra le comentó que éra de Tortósa como yo, y siémpre había deseádo llevár a ésos niños de excursión por el río Ébro en úno de ésos bárcos «laúdes antiguos», que hácen un recorrido río arríba hásta Miravét, atravesándo las esclusas, visitándo el púeblo y su castílllo, luégo la comída y vuélta a Tortósa. Tóda úna experiéncia maravillósa.

—Cárls — ¿qué te parece éste plan pára el fin de semána? Podríamos ir de excursión en bárcos, désde tu púeblo Tortósa hásta Miravét, con los alúmnos de mi amíga. Me haría múcha ilusión

invitarlos a todos, son un encanto. Si te parece bien lláma a tus amigos de allí, que vengán, sobran algunas plazas. ¿Vale?

* * *

Un fin de semana posterior a nuestra visita a Tortosa, Mary y yo, quedamos con los amigos, para ir a comer al puerto tal como habíamos acordado. El almuerzo fue espectacular. Yo, a pesar de vivir en Barcelona, no conocía ese local y quedé impresionado. ¡Qué bien lo pasamos! Reflexioné, no hay duda que desde la Olimpiada, la ciudad ha mejorado mucho en todos los conceptos.

El único momento difícil de esta velada para mí, pero con el que disfrutaron mis amigos, viéndome sudar y sofocado, fue cuando Mary les explicó (a pesar de tocarle la pierna por debajo de la mesa indicándole que no lo hiciera), que, al principio, cuando salíamos a comer, y escogía ella, siempre íbamos a restaurantes muy caros. Le dije que lo normal para mi presupuesto eran los menús de 30 € y si era un día especial 35 o 40 como máximo. Y prefería, si era posible, limitarnos a eso.

Ella argumentó, que disfrutaba de los buenos restaurantes y cuando lo hiciéramos, pues que prefería hacerlo a su gusto.

Así quedó éntre nosotros la nóрма: cuando me tocába invitár y pagár a mí, íbamos a ése típo de restauránte a mi alcánce, y cáda úno pagába lo súyo o pagábamos a médias. Cuando le tocába a élla, escogía los de buén gústo, elegánte: en donde la factúra no alegrába la vísta. Élla pagába, y yo contribuía con 30 €.

¡Qué mal trágo pasé! Y cómo se divirtiéron mis amígos.

Pára disipár la tensión... —pués sí—, confirmó úno de los amígos, éste restauránte es tan buéno que hásta el póstre es maravillóso, aun así, por ponér úna péga; lo que núnca han lográdo, ha sído un buén café. Por tánto, si os parece bién, irémos a un bar cercáno que lo hácen múcho mejór.

Al salir, Mary les díjo.

—Si os apetéce, téngo mi bárco cerca de aquí, si me lo permitís os ofrézco un buén café de las «Montáñas Azúles» de Jamáica y un paséo en bárco por los alrededores.

Me miráron, y como no díje náda...

—Pues, como ése café nunca lo he probado, me encantaría, —aseguró Sálva, otro de mis amigos sonriendo—, los demás, tratando de ocultar su asombro, asintieron.

A estas alturas, su yate, con seis tripulantes ya no sorprendió a nadie.

Después del paseo por el mar, con su excelente café y copa, regresamos al puerto.

Me despedí de mis amigos en cubierta por solicitud de Mary, y permanecí allí, mientras ella los acompañaba hasta desembarcar.

...Ya ellos en tierra.

—Quisiera despedirme de vosotros, —dijo Mary— habéis sido muy amables y os recordaré siempre, hoy parto.

—¿Por qué te vas?, preguntó Ignacio sorprendido.

—Mi tiempo con Carlos ha expirado, no he conseguido que alague su invitación, no he logrado enamorarlo y yo, lo estoy perdiendo de él. ¡Pero así es la vida!, así, lo mejor es que me vaya.

—Mary, —exclamó Ignacio—, ahora que te vas, no me da vergüenza decirlo y mis amigos estarán de acuerdo conmigo, nos has cautivado y sentimos tu partida. No entiendo cómo, nuestro amigo deja que te vayas, no te olvidaremos.

* * *

Cuando mis amigos se alejaron del muelle, tomé una última copa, me despedí de la tripulación y abandoné el barco.

Al alejarme giré la cabeza, no pude evitarlo, Mary en cubierta, triste, me miraba. Me lanzó un beso con la mano...

Antes de retirarse de cubierta y muy visiblemente, arrojó su móvil al mar, nuestro único medio de comunicación.

* * *

Epílogo

Siendo yo muy joven, muchos años antes de esta historia que os estoy contando, pero que guarda gran relación con ella, tuve un amigo, era un bala perdida, un pinta; Joan se llamaba. Era el centro de todas las actividades, siempre se esperaba de él lo inesperado. En cualquier momento saltaba con una idea o una reacción insólita que producía risas, carcajadas y algún problema.

Cuando había que organizar algo, él era el que se encargaba.

Si un día no estaba inspirado, sólo con recontar parte de sus aventuras: confirmadas por alguno de los presentes que daban fe de ellas, y algunos, hasta las mejoraban y ensalzaban, pues ya teníamos la fiesta hecha.

Un día, por ser uno de sus mejores amigos, Joan me contó, habiéndole jurado que no lo delataría, que un hombre se le acercó y confidencialmente le preguntó si podía preparar la diversión al final de La Comunión de su hija. Sí, esas fiestas, las que hace un grupo de magos, cómicos, payasos o músicos en los cumpleaños y otras celebraciones

de los pequeños. Y le ofreció por sus servicios, además de los gastos, una muy buena suma.

Mi amigo sorprendido, le dijo que de eso él no sabía nada. Y no entendía su propuesta, porque había cantidad de restaurantes muy preparados para estos festejos que se lo harían.

El padre comentó, que a la fiesta asistirían dos hermanas, compañeras de colegio de su hija. Que el año anterior no la habían invitado a sus comuniones.

Nosotros somos gitanos, —añadió el hombre de la propuesta—, los padres y sus dos hijas que vendrán a la Comunión habían hecho algunos comentarios bastante desagradables y racistas sobre su pequeña.

Mi amigo como seguía sin entender nada, se cruzó de brazos como esa era su costumbre en estos casos.

—Pues bien, —continuó el padre—, parece ser que esa ofensa para la familia no importa o ya la han olvidado. Como si humillar a mi hija no fuese importante y han aceptado la invitación.

Mi amigo volvió a cruzarse de brazos.

Por éso le pagaré lo propuéstó, a condición de lograr que ésas niñas y sus pádres, sálgan nítida y públicamente humilládos de la fiésta. Y de éllo, que no se sépa náda.

Ése pádre que reclamába vengánza había buscádo y acertádo al seleccionár a mi amigo pára ése «trabájo». Éste encajába a la perfección con su personalidad.

Sin todavía múcha experiéncia, él aceptó y pára no alargár múcho éste reláto, sólo diré que las dos niñas acabáron -al posár pára únas fótós- con sus preciósos vestídos en el súcio y pequeño lágo del restauránte, y sus pádres también, al tratár de ayudár a sacárlas, empujádos por dos «camaréros» que también -tratáron- de socorrér.

No fué por supuéstó el mejór trabájo de mi amigo. Sin embárgo, el pádre de la homenajeáda quedó muy conténto. Y múcho más cuando súpo que los pádres de las dos niñas pidiéron explicaciónes al responsáble del restauránte, y éste les díjo que los dos camaréros no éran sus empleádos, o séa, que tódo había sído un montáje preparádo désde fuéra por álguien que no les quería.

El propietario del restaurante donde se había realizado la comunión, (a quien esos clientes tampoco le gustaban y que además era el padrino de la pequeña agasajada), les contestó, (al presentarle la queja), que a los demás comensales les había encantado la «desgracia», por lo desagradable que era su familia.

* * *

Esto dió a mi amigo la idea de un buen y original negocio. Probó primero con pequeñas actuaciones, y al final viendo los buenos resultados creó una empresa que se dedicaba a satisfacer los más raros deseos de sus clientes. Normalmente fuera de los cauces aceptables y al borde de la ilegalidad. Y siempre, con un precio muy alto.

* * *

A este amigo no le veía desde hacía varios años, eso sí, por Navidad y el día de nuestro cumpleaños; o él me telefoneaba, o yo le escribía.

Le llamé, como excusa dije que tenía que pasar por su barrio a recoger unos papeles y me invitó a comer.

Me explicó lo mucho que su empresa había mejorado, hasta hacían trabajos fuera de España. Detalló la cantidad de montajes que preparaba... y disfrutaba... decía que pagaría por poderlos hacer, de lo tanto que se divertía.

Le pedí que explicara un poco su labor, me parecía muy interesante.

Citó el ejemplo de aquel personaje mayor y solitario que pagó a una serie de personas (actores), para que se hiciesen pasar por su familia (él nunca la tuvo). Quería que le acompañasen en la comida de Navidad como si lo fuesen. Este hombre había leído un libro, en él se describía esta situación, y lo quiso probar.

O el caso de unos padres que no querían al novio de su hija. Ellos proponían pagar a un detective o agencia (nosotros), para que buscásemos en el pasado del pretendiente, etapas turbias, y así, la hija se desilusionase. O, hacer que se presentase en su vida una persona atractiva e interesante que la hiciese olvidar a su novio, y por supuesto, el nuevo, luego desaparecía.

Hacemos lo que nos piden, decía, casi siempre son solicitudes rayando lo ilegal... y deben tener un

buén motivo... pués, lo que se quiere lograr no es fácil y nuéstrs servicios son muy cáros.

—Bién... Joán pára, ya téngo suficiénste. En realidad he venido pára hablárte y pedirte un favór, mejór dicho, tus servicios. Como empresa te los pagaré; como amigo quisiéra la máxima discreción.

Él sonrió, (se lo esperába), pidió ótro vâso de vino pára los dos y se cruzó de brâzos como siémpre hacía, cuando estâba perpléjo o disfrutândo... como ahóra, esperândo lo que sería a tódas lúces úna solicitud muy interesânte.

—Désde que mi espósa murió, me siénto demasiâdo sólo y necesito compañía, o por lo ménos éso es lo que créo.

Los amigos, siémpre muy amâbles, me preséntan a sus familiâres, contâctos o persónas con las que créen que podémos hacér paréja y comprensíblemente, de mi edád.

Las mujéres que propónen, sin decírmelo, es lo que éellos créen que es a lo máximo a lo que puédo aspirár. Éstas mujéres son agradâbles y segúro, múcho mejóres que yo, péro me siénto ofendído por mis amigos, no se lo dígo, péro pára éellos úna

relación así, es lo normal y lo máximo a lo que puedo aspirar.

Parace que no recuerdan la cantidad de aventuras, reales, imaginarias o exageradas que ellos han tenido y que han contado durante muchos años y parece ser: de lo que yo no tengo derecho ni estoy capacitado. Este desprecio, o la pobre opinion que tienen de mí, me molesta.

Ya sé, que hay cantidad de formas de buscar compañía de mi edad, y hasta sé que entre mis amistades la podría encontrar, pero metido en ello, quisiera cumplir este sueño infantil e injustificable que siempre he tenido y, después y sólo después... aceptaría la triste y cruda realidad.

Nunca he tenido grandes éxitos en mi vida y nunca he logrado un momento de esplendor. Si en el lecho de muerte tengo tiempo de recordar mis aventuras, pronto voy a acabar. Por esto, no sé si lo que te voy a plantear es mucho pedir. Escúchame bien.

Quisiera, aunque fuese por unos meses, convivir con una bella, joven, inteligente e interesante mujer, al menos para aparentar que puedo lograr ese tipo de relación. Pero que no haya ninguna

dúda: sería élla la que estaría lócamente enamoráda de mí, a pesár de mis años.

Quisiéra poder contár en el futúro ésta história de la misma manéra que lo han hécho mis amígos.

—Péro... —íba a decír mi amígo...

—Espéra Joán, no me interrúmpas y déjame acabár; ya lo sé, si tuviése múcho dinéro, podría conseguírlo, (péro está cláro, éso no es lo que quiéro), no quisiéra conseguír úna jóven por dinéro, ni por amór, sé que no lo conseguiré. Éso sí, quiéro que así parézca.

Pído además, que ésa jóven, bélla, inteligénte e interesánte mujér, séa la ríca, pára que quéde cláro, que no es por mi póco dinéro por lo que élla se ha enamorádo de mí. Y deséo no háya en tódo éllo lugar a dúdas.

Mi amígo, volvió a cruzárse de brázos...

Joán, escúcha y no póngas ésa cára de pasmádo, téngo tódo el dinéro del múndo, nádie lo sábe, lo gané en el Euromillónes.

¿Qué podrías organizarme con un millón de euros para cumplir mis deseos? y si tienes una idea genial... no habrá límite.

* * *

PD

Créo que si ésta relación con Mary dura algo más de éstos meses, me hubiése enamorado (aún más) de ésa increíble mujer... qué profesionál, qué guápa y qué cláse. Siémpre olía a rósas, a pesár de no usár ningún perfúme. Núnca me acosté con élla, a pesá que venía incluído en el préccio del contrato. Yo, en mi miséria me hubiése conformádo y dádo lo que fuése (tal vez, hásta el résto del prémio), si estándo a sólas conmígo, y saliéndo de élla, me hubiése abrazádo.

Al finál me he dádo cuénta, que el propósito iniciál de ésta aventura... es decír, poder presumír de úna conquísta, lo hubiése cambiádo por un póco de caríño. ¡Qué daría yo por úna sincéra carícia!

* * *

Por lo demás, misión cumplida a la perfección.

¡Ay! Si yo os contára, ¿cómo mi amigo lo preparó y consiguió todo?, seguro que me pediríais su teléfono para contratarlo. Y yo

podría escribir otro interesante relato de cómo lo logró.

*** * ***

FIN

Por Emílio Vilaró

Agradecimientos a Félix Tundidor y Pere Comeche por la extensa lectura, conséjos y corrección de éste cuénto.

Éste documento está disponible en formato .PDF, .ePUB en mi página Web:

Mi blog literário.

<https://cosasdeemilio.wordpress.com>

Más de ciénto cincuenta cuéntos, relatos, ensáyos, recétas y novélas en:

www.evifoto.eu

Comentários a:

buzon@evifoto.eu



<https://www.facebook.com/emilio.vilarolucia>

Nóta del Autor:

—Ésta obra está tildada, o sea: las palabras llévan la tilde (´), en el sitio del acénto.

Después de miles de lectúras de obras así escritas y leídas, podemos asegurár, que su lectúra es la normál, y al leér así, no hay ninguna diferéncia de pronunciaci3n a la habitúal.

Si deséa sabér los motivos, ¿cómo se puéde tildár de fóрма automática? Y qué ventájas e inconveniéntes tiéne éste tildádo, puéde leér éste documénto:

http://www.evilfoto.eu/pagina_cuentos/cuentos_21.htm

Modificaci3nes a 1322:

**2018-01-24, 2018-01-29, 2018-01-02,
2018-02-03, 2018-02-04, 2018-04-19,
2018-04-24, 2018-04-25, 2018-05-01,
2018-05-13, 2018-07-02, 2018-09-23,
2018-09-25, 2018-10-16, 2018-11-27,
2018-11-28, 2019-07-04, 2019-09-14,
2019-09-21, 2019-10-07, 2019-10-11,**

**2019-10-17, 2019-10-23, 2020-03-10,
2020-06-02, 2020-06-05, 2022-10-25,
2022-10-26, 2022-11-03, 2022-11-04,
2022-11-10, 2022-11-12**